

# El buen amor y la juntanza entre mujeres negras: un camino para la resiliencia y la preservación de la memoria colectiva.

Ele Vergara

## Resumen

Tengo 22 años habitando este cuerpo de mujer negra, la mayor parte de ese tiempo negándome, desconociendo todo sobre este ser que soy y menospreciando mis capacidades. Descubrir la juntanza y el hermanaje entre mujeres negras<sup>1</sup> marcó un antes y un después en mi vida.

Lo que pasa en los círculos de mujeres negras, que desde su diversidad se reúnen y se abrazan unas a otras, es el ejercicio político más significativo que he logrado experimentar. Este ensayo se compromete con narrar esos espacios desde mis experiencias personales, buscando explicar los ejercicios de sanación y reconciliación con nosotras mismas; la incidencia política que representa; el fortalecimiento y fomento de herramientas para la vida; la producción artística que concebimos desde la colectividad y, en general, las prácticas de transmisión de saberes que habitan esos espacios.

Los procesos colectivos entre mujeres negras han dejado rastro en las historias que nos preceden y en el presente siguen demostrando su incidencia en nuestros procesos individuales; influyen en nuestras apuestas políticas y encaminan los ejercicios que fomentamos en nuestras comunidades.

<sup>1</sup> Una forma de decirlo es mi poema "Voces de Resiliencia" que puede oírse en: <https://youtu.be/FkoD4Z7M-Kfo>

Las conclusiones de este texto se refieren a la importancia de los espacios colectivos entre mujeres negras y los ejercicios de construcción y transformación de realidades que se pueden establecer en dichos espacios de convergencia.

## Caminar desorientada

"Antes de haber sido expulsada a la vida por la vagina de mi madre era negra."

- Ele Vergara, video poema "Soy negra"

Nací en Amaime, Valle del Cauca; soy la hija de una mujer negra que ejerció ese oficio desde la soltería, la hermana mayor de otras tres; mis hermanas y yo nacimos de distintos vínculos interraciales, por lo que aprendí que ser una mujer negra va más allá de los rasgos físicos, que aunque son parte importante del espectro de mi identidad, tiene muchas otras implicaciones trascendentes.

Al crecer en Amaime, mi madre trabajaba y estudiaba mucho, mi primera hermana y yo solíamos ser cuidadas por dos vecinas a las que recuerdo muy románticamente: Mary y Aracelly, dos mujeres negras mayores; ellas no solo nos acogían en sus casas, nos daban de comer, o nos tocaban la puerta cada dos horas para saber si estábamos bien; ellas se preocupaban y ocupaban de nosotras, nos enseñaban, nos mimaban, nos

reprendían. Esas mujeres, que conocieron a la madre de mi madre, vieron nacer a la mía y me vieron nacer a mí, se hicieron también mis abuelas.

En el 2008, después del nacimiento de mi segunda hermana, mi tía-abuela y su esposo me acogieron en su casa, en Cali, yo tenía 8 años. La casa queda en el barrio San Marino, es la comuna 7 de la ciudad; hay muchas personas negras, aunque entonces no se hablaba mucho de lo que eso significa. Yo no entendía lo que eso significaba. Mi abuela nació en Tumaco y su esposo, mi abuelo, creció en Mosquera; creciendo con ellos en su casa, mientras me educaban, aprendí muchas cosas sobre la vida en esos lugares, las crianzas colectivas, los lugares que se les dan a las mujeres y a los hombres. Terminé mi primaria y mi bachillerato en la IE Manuel María Mallarino; en la primaria no se me daba bien relacionarme con las otras personas, ni con mi familia, me sentía fuera del lugar y, cuando empezaron a alisarme el cabello, empecé a tener conflictos con mi apariencia; fue entonces cuando empecé a escribir. Necesitaba hablar sobre todo lo que sentía, pero no sabía cómo, o a quién decirle; escribir se convirtió en una herramienta que me permitió confrontar y entender todo lo que me atravesaba, pero seguía haciéndolo sola, casi a ciegas. Con el tiempo esa herramienta me llevó a la poesía.

Pero hubo antes de eso un camino, uno largo que he disfrutado lo más que pude; un camino que me ha enseñado y me ha costado, en el que he necesitado guía y compañía para sopesar cada tramo y recordar al final de cada etapa que siempre hay algo por aprender, pero también siempre hay algo para enseñar.

### **Abuela mamá**

“Me llevó hasta la puerta del aula el primer día, me enseñó a tejer.”

- Ele Vergara, “Abuela-mamá”

Mi tía abuela materna, Esperanza, ha hecho parte de mi vida desde que tengo 8 años, ella y su esposo, Whinston, eran una pareja biracial. Mientras me criaban yo aprendía de las dinámicas entre la gente que es vista como negra y la que no; mi abuela, que es negra, solía hablar de su primer esposo, que fue un hombre negro, y de como éste le robaba su sueldo, la maltrataba e incluso llegó a amenazarla de muerte una vez quizó separarse definitivamente de él.

Mi abuela hablaba también de cómo era su vida en Tumaco, de recoger pianguas en la playa, de ir a la huerta después del aguacero para recoger todas las frutas, de hacerse comadre de sus amigas porque sí, de las lámparas de queroseno, de la primera vez que cedularon mujeres, del trabajo de su madre al quedar viuda, de su trabajo al quedar huérfana. Ella me contaba historias sobre todo en su pueblo natal y siempre con palabras nuevas, con cosas que yo no sabía lo que eran. Me enseñó a comer pescado, cangrejo azul, tollo y pata e' burro. Me enseñó las palabras que le heredó mi bisabuela, me llevó a conocer la tierra en que nacieron ella y sus hermanos. Me enseñó a tejer en crochet, mientras me conversaba largo de alguna cosa de su juventud, pero sus historias también me hacían temerle a los hombres negros, pensar que en todo me iría mal por el color de mi piel que, según ella, no es tan negro, no.

Me llevó tiempo y mucho madurar entender que ella me contaba sobre lo que conocía, que el ser una mujer negra empobrecida de la costa nariñense significaba muchas cosas, que sufrió mucho y tuvo que trabajar el triple desde siempre para mudarse a otra ciudad, tener una casa y una pensión. Me tomó tiempo también asociar la forma en que crecía en Amaime con la forma en que crecía ella en Tumaco, dos lugares demasiado

lejos entre sí, demasiado diferentes y con demasiadas similitudes. Mi abuela me dió y me enseñó a construir memoria. Me enseñó a tejer.

### **Comparece la guía**

“Somos nuestra propia herencia, nuestra casa y nuestra medicina, el amor por nosotras mismas y el miedo que nos tenemos.”

- Ele Vergara, “Negras”

Poco después de empezar mi carrera universitaria, conocí el Semillero del CEAF<sup>2</sup> de la Universidad Icesi, conocí a Aurora Vergara, a Eliana Chapurri y a otras varias mujeres que me ayudaron a entender que mis experiencias son importantes y que mi voz merece un lugar; me ayudaron a entender que mis vivencias son compartidas, que tienen una historia; a entender que con otras puedo entender y sanar mis heridas tanto como hacerme fuerte.

Encontrarme con otras personas negras diversas, en su mayoría jóvenes con quienes compartía espacios académicos e intereses en las razones de las cosas, apaciguó en mi la incertidumbre por mi misma y por mi entorno. Que ese encuentro se mediara por la palabra escrita, con un profundo sentido de la honestidad, y el diálogo o la confrontación sobre dichas palabras, me permitió abrazarme, darle explicación a mi lugar en el mundo, entender desde dónde se me ve; desde donde hablo/escribo para poder darle un sentido más allá de desechar lo que se me acumulaba dentro como un manojo de hilo destejido que debía desatarse.

En la Universidad del Valle también encontré un lugar dentro de la Fundación Afrodescendiente por las diversidades

sociales y sexuales Somos Identidad, conocí a Sami Arizabaleta, a Johana Caicedo y a Rosa Amú, tres mujeres que me han enseñado a apostar por continuar, por batallar contra la estructura.

Es con estas mujeres que aprendí sobre la supervivencia a la crudeza de los sistemas sociales, que siquiera me interesé en encontrar un propósito viable para mi vida, que me preocupé por ejercer el autocuidado. Estas mujeres me hicieron ver que merezco amor, que merezco respeto. Eventualmente, la poesía me guió al inicio del Laboratorio internacional de poesía afro femenina “Cimarroneando el Verbo,” liderado por la profesora Emilia Eneyda Valencia y la maestra Carmen Gonzales; con ellas y el resto de mujeres con las que hasta ahora comparto espacios, mi camino de aprendizaje sobre el autocuidado se ha expandido de manera inimaginable sus fronteras.

### **Afro rizado**

Viviendo en Cali, mi abuela, que hace mucho no convivía con una niña, no sabía cómo peinarme; yo tampoco, mi mamá siempre se había hecho cargo del asunto, de manera que cuando cumplí 9 años, mi abuela empezó a hacerme alisar el cabello, porque era más “manejable” y porque “me veía mejor.”

Como lo hemos vivido muchas, con el tiempo el cabello se me empezó a caer, se me quemaba cada vez más el cuero cabelludo y el efecto del alisado duraba cada vez menos; terminaba yo con la mitad del cabello lasio y la otra mitad crespa, tirandome plancha casi todos los días, cada vez más insegura y confundida sobre mi apariencia. A los 13 años le pedí a mi abuela que dejara de alisarme, pero seguí usando extensiones lacias o planchando mi cabello; después de los 15 empecé a hacerme trenzar, a redescubrir lo bien que se sentían las trenzas en mi cabello, y a enamorarme de

---

2 Centro de Estudios Afro Diáspóricos

cómo me veo con ellas; a los 16, después de mi graduación del colegio, me quité las extensiones, me solté el cabello, lo lavé y, mientras lo dejaba secar al aire, mi madre me pidió salir a la calle por algo. Fue la primera vez, desde que era más niña, que salí a la calle con el cabello suelto, libre; mi mamá me acompañó, me defendió de las miradas imprudentes y de los comentarios irrespetuosos que soltaba cualquiera en la calle. Mi mamá me hizo sentir hermosa por primera vez.

Mi mamá y yo nos parecemos en muchas cosas, una es el cabello, a pesar del hermoso gesto que me regaló ese día, a ella aún le cuesta dejar su cabello suelto. El año anterior, ya yo tenía 21 años, mi mamá acababa de desatarse las trenzas, curiosamente tuvo que salir de la casa con afán y pasó una de las cosas que recuerdo con más ternura: ella me pidió que la acompañara porque le daba miedo -quizá vergüenza- salir con el cabello así a la calle. Recuerdo que al volver a casa, la emoción de mi mamá era inmensa, estaba orgullosa porque nadie se burló de ella, nadie comentó nada sobre su cabello; pasó largo rato hablando con mis hermanas sobre eso, le contó a su esposo y sonrió bastante el resto del día. Me alegra haber podido acompañarla como ella lo hizo conmigo.

## Somos Identidad

La Fundación Afrodescendiente por las diversidades sociales y sexuales Somos Identidad<sup>3</sup> y las mujeres que la integran me dieron, justo cuando empezaba a estudiar Sociología en la Universidad del Valle, un fuerte empujón hacia mi seguridad y confianza; se me abrazó y se me enseñó a no enfrentar los actos de racismo institucional sola; expandieron mi umbral del conocimiento sobre mí misma, sobre las cosas que acompañan a mi color de piel y a la

<sup>3</sup> Mayor información en: <https://www.somosidentidad.org/> visto el 28 de Febrero del 2022.

textura de mi cabello.

Creo que toda mujer negra adolescente debería de poder ser acompañada cuando se enfrenta a un mundo en el que todo su ser se niega e invisibiliza constantemente, porque a mi, esa compañía me salvó. Como muchas mujeres negras que he conocido, yo creía normal que se me atacara -aún silenciosamente- o se me negara. En Somos Identidad, aprendí que mis conocimientos y razonamientos merecen ser admitidos y reproducidos en los planteles académicos; en los círculos de formación, una de las actividades de la fundación, pude darme cuenta de que nosotras tenemos mucho por decir y aportar a los archivos del conocimiento, pero también, a propósito de haber crecido en el Valle, que hay mucho por aprender de las historias de las mujeres que nos preceden en los caminos que tomamos.

Es gracias a las mujeres de Somos Identidad que hoy continúo mi carrera universitaria, ellas que no me han dejado sola, que me abrazan y, cuando es justo, me regañan, me impulsan a no dejarme vencer por las fuerzas de las categorías que se han impuesto sobre mi cuerpo y condicionan mi historia de vida.

La primera vez que consideré posible y bueno el amar románticamente a otra mujer negra sin condenarme luego, fue cuando supe que las fundadoras de Somos Identidad son esposas, que tienen un hogar al que se aferran y defienden con orgullo; ahí dejé de sentirme mal por mis propios deseos de compartirme sexual y afectivamente con otras mujeres negras, porque no solo lo vi posible, sino también como algo bueno, algo que no me hacía menos mujer, o menos negra.

Estar rodeada por estas mujeres me concedió el trabajar en amarme, en perdonarme por odiarme, en insistir en conocerme y reconocer cuando actué equivocada; me concedió ser capaz de comprender que no hay una sola forma

de ser una mujer negra, que no hay una sola forma de habitar la universidad y que no hay una razón por la que deba enfrentarme sola a las dificultades.

### **Ser semilla**

Creo que fue una compañera en Sociología quien me invitó al Semillero del Ceaf, asistí por un semestre antes de inscribirme a la carrera de Lic. en Literatura. En el semillero fue la segunda vez que escuché a Aurora Vergara, pero fue la primera vez que escribí con otras personas.

Claro que no éramos solo mujeres negras, pero gran parte de nosotras sí y cada cosa que se escribía en ese espacio recibía el aporte o la crítica de cada integrante, casi todo se leía en voz alta, casi cada tema que afloraba se discutía en colectivo. Ese espacio me dejó ver varias cosas que atesoro: las narrativas que tenemos las mujeres negras se complementan unas a otras y convergen en demasiados puntos en común como para ser coincidencias; van más allá del territorio físico porque nuestras abuelas, tías y/o madres se lo llevan consigo; hay unas muy grandes distancias entre nuestras narrativas y las de los hombres negros, así como son distantes - por así decirlo- las cosas que nos atraviesan como cuerpos feminizados y masculinizados dentro de la hipersexualización y racialización de nuestros cuerpos.

Una de las cosas que más agradezco al semillero al día de hoy, es que me enseñaron que lo que yo tengo para narrar desde la escritura, es válido, le importa a otras y merece ser leído. Es lo que yo pensaba al leer a las otras mujeres del espacio cuando hablaban de la familia, de migrar, del cabello afro rizado, la piel negra, la sexualidad de las mujeres negras, la vida laboral (...) Así también aprecié el ejercicio de juntarme

con otras para abrazar, para construir, para contarnos y escucharnos.

### **Mirarnos a los ojos**

“Durante siglos les hicieron creer que yo no era apropiado ni presentable para estar en los espacios académicos ni laborales, que no era bonito, ni de personas capaces e inteligentes. Por eso se avergonzaron de mí y trataron de borrarne de todas las formas posibles.”

- Emilia Eneyda Valencia (2020), “De la racialización y otras violencias” en *Con los pelos de punta*

Una de las cosas sobre las que hablamos en “Cimarroneando el Verbo” es de reconocernos unas a otras y del impacto que genera que en lugar de bajar la mirada cuando veo a otra mujer negra, yo sea capaz de mirarle a los ojos, de sonreírle incluso. En el laboratorio creativo, al que llegué por una convocatoria en Facebook, empecé a explorar con seriedad la poesía, a sentirla como algo que puedo hacer mío, lejos del esquema blancoide de la literatura, lejos de las rimas forzadas y los sin sentidos deshonestos que narran historias que no me pertenecen.

Escribir con estas mujeres, aprender con ellas, me hizo entender que no tengo que apegarme a la academia para que lo que escribo se considere/ sea bueno; aprendí que no hace falta que invente historias que desconozco porque ya tengo las mías. Con estas mujeres comparto historias; nos hemos abrazado desde la palabra al enfrentarnos a temas como el abuso, la invisibilización, o el desarraigo; se llora, se escribe, se cuenta y se canta; así se sana, así me han ayudado a sanar mis propias heridas, incluso las que desconocía.

Cuando le pedí a la profesora

Emilia Eneyda Valencia que firmara mi ejemplar de “Con los pelos de punta. Historias de pelos,” ella escribió: “Gracias querida Ele, por regalarnos tu bello poema.” Refiriéndose al poema “Mi cabello es poesía” que aparece en la página 7 de dicho libro; lo cierto es que ese poema existe gracias a ella. Antes de hacer parte del laboratorio, mi relación con mi cabello estaba pasando por mucho, estaba descubriendo su versatilidad y su fuerza, que sin importar que le hiciera él seguiría creciendo frondoso y abundante; estaba extasiada y enojada por no haberme permitido antes ese juego coqueto con él.

Le hablaba a mi cabello - lo hago aún - le mimaba y sentía que me hacía poderosa sobre mí, sobre mi cuerpo; aprender a amar mi cabello fue un paso enorme en el camino para amarme en mi totalidad, pero ese paso no estuvo completo hasta que, en medio de un ejercicio del laboratorio, surgió la pregunta de “¿Qué significa para mi cabello?” y entonces nació ese poema.

El primer poema que compartí en público.

El primer poema que me aprendí de memoria.

El primer poema que me hizo sentir orgullosa.

Entonces el camino que hasta aquí había recorrido, que me llevó a escuchar a otras mujeres negras, a conocerlas en distintos lugares u oficios, que me premió con sus abrazos y sus palabras escritas; no sólo me salvó de desconocerme a mi misma, o de odiarme y continuar negando desde mi estética hasta mi intelecto, sino que me puso donde estoy hoy.

Las mujeres de “Cimarroneando el Verbo” me llevaron a los festivales de poesía en los que he participado, a la posibilidad de participar por premios o reconocimientos, me llevaron a ser capaz de dictar talleres de escritura creativa, a publicar mi primer poemario

independiente; ellas hicieron que yo creyera que puedo escribir, que lo hago bien y que merezco una ganancia de ello.

### **Mi cabello es poesía**

*Mi cabello es este Sol.*

*Mi cabello es esta Luna en creciente constante,*

*esas estrellas muertas sonriendo en el presente.*

*Mi cabello es agua de lluvia recogida, el bosque talado sin descanso, el río Amaine convertido en charco.*

*Mi cabello es mi abuela y su sonrisa, mi madre y su piel tatuada, mis hermanas y su energía.*

*Mi cabello son moños de marihuana negra.*

*Besos enamorados,*

*humo de tabaco en medio de una lectura de cartas.*

*¡Mi cabello soy yo!*

### **Lugares para les negres**

“nunca antes, durante mi vida en Bogotá, había tenido la posibilidad de estar en un espacio en el que yo no fuera el token de diversidad.”

- Natalia Santiesteban Mosquera (2017) *El Color del espejo: narrativas de mujeres negras en Bogotá.*

Ya en mi vida adulta, aprecio cada vez más la posibilidad de coincidir con otras personas que pueden verse un poco como yo y que tienen intereses o políticas

de vida afines con las mías, en espacios propios, privados, exclusivos; donde sé que no llegará de la nada una persona no negra a cuestionarme, a decirme resentida, a tomarse libertades sobre mi.

En lugares que se sientan seguros, donde la gente se abraza al saludarse, se sonríe, se refugia y habla libremente de lo que siente o experimenta en el momento; lugares donde todas las dudas, expuestas con respeto, sean válidas y conversadas, donde los llamados de atención se hacen desde el amor y no desde la arrogancia.

En Cali, he conocido dos lugares así: Posa Suto, una casa para les negres diversos traída por sus fundadores desde Bogotá, y Black Ground Laboratorio Cultural, una casa/restaurante/bar/laboratorio. En esos lugares, una se siente en armonía, rodeada de gente que la comprende, que la reconoce. Son lugares en los que una cabe, lejos de las miradas curiosas e imprudentes que se puede encontrar en otros espacios de esparcimiento o de consumo, lejos de comentarios fuera del lugar, lejos de sentirse “fuera del lugar.”

### **El buen amor y la juntanza entre mujeres negras**

“Los tambores en la noche, hablan y en su voz una llamada tan honda, tan fuerte y clara que parece como si fueran sonándonos en el alma.”

- Jorge Artel “Tambores en la noche” en *Cuadernillos de poesía* (1997)

Lo que trato de decir es que, el ejercicio de escuchar y compartir con otras mujeres negras, me ha enseñado prácticas sanas sobre el amor propio, el autorreconocimiento y el reconocimiento de las otras y sus capacidades. La juntanza entre mujeres negras - el estar

en espacios en los que esa juntanza se gestaba- me permitió comprender mi entorno y las dinámicas que lo movilizan, me permitió comprenderme a mí misma y otorgarme un sentido de identidad y de pertenencia; me hizo exigir cosas mejores en honor a mi humanidad que - algo que también me enseñó esa juntanza - debería ser tratada igual que las demás.

En esa juntanza he aprendido que hay muchas cosas que no están bien y que deberé enfrentarlas constantemente e incluso deberé ver cómo mis hermanas lo hacen en su momento, pero también sé que hay cosas que puedo hacer y que debo defender, sé que la palabra es poderosa y es un legado que me pertenece.

Este es el buen amor que conozco, al que me abrazo y en el que creo; con él he construido mi memoria y sobre él que seguiré escribiendo mi andar en el mundo; este es el amor que me ha criado, me ha enseñado a recordar, a aceptar las diferencias y a valorar las similitudes; este es el amor por el que decido dejarme gobernar, el de las mujeres negras, porque le creo lo sé un motor imparable para la transformación de nuestras realidades.

### **Referencias**

Vergara, Ele. Video poema “Voces de Resiliencia”: <https://youtu.be/FkoD4Z7MKfo>

–, Video poema “Soy negra”: <https://youtu.be/JJMfV9uglZ4>

–, video poema “Abuela-mamá”: <https://fb.watch/buchHjFpLCh/>

–, Video poema “Negras”: <https://youtu.be/Weo9zdlzln0>

SANTIESTEBAN, Natalia (2017) *El Color del espejo: narrativas de mujeres negras en Bogotá*.

ARTEL, Jorge (1997). “Tambores en la noche.” *Cuadernillos de poesía*.